

DISCURSO DEL ACTO DE NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR HONORIS CAUSA

Universidad de Vigo. 28 enero 2013

Sr. Rector Magnífico,

Sr. Conselleiro de Cultura, Educación y Ordenación Universitaria,

Sr. Presidente del Consello Social,

Sra. Vicerrectora de Estudiantes, Cultura y Deporte de la Universidad de
A Coruña,

Sr. Vicerrector de Política Académica de la Universidad de Salamanca,

Miembros de la Comunidad Universitaria,

doctor Julio Casado Linarejos,

amigas y amigos:

Sé que este reconocimiento con el que hoy me honra la Universidad y que tanta emoción me hace sentir, no guarda relación con mis posibles méritos, a pesar de las palabras de alabanza de mi padrino, el doctor Xosé Henrique Costas, guiadas sin duda por el aprecio y la generosidad. Una generosidad que debo agradecer, asimismo, a los miembros del Departamento de Filoloxía Galega e Latina, responsables de la propuesta de nombramiento, y al conjunto del Consello de Goberno, que aprobó e hizo suya esta propuesta. De corazón, mi más profundo agradecimiento.

Que esto me esté sucediendo en la Universidad de Vigo, la ciudad de la que soy vecino desde hace más de veinte años, me llena de alegría. Vigo nos fascinó, nos recibió con los brazos abiertos, sentimos cada día su cariño. Es una suerte participar de los afanes de esta ciudad de sal, de esta

abeja de costa, como suele llamarla Manuel Bragado. Que nuestra Universidad me agasaje hoy con este reconocimiento me une aún más a esta institución, a Vigo y a su ciudadanía.

Los escasos méritos que puedo aportar tienen que ver con mi labor en la creación literaria, en especial con la orientada a la gente joven, y con el trabajo en torno a la promoción de la lengua en la enseñanza y en la sociedad. Por esta razón, en el discurso que me dispongo a leer, necesariamente breve, abordo algunas facetas de mi biografía referidas a dichas líneas de trabajo. Lo he titulado «**Seis recuerdos y una narración.**»

SEIS RECUERDOS Y UNA NARRACIÓN

SEIS RECUERDOS

ME ACUERDO de la creación del mundo, que comenzó cuando vi la luz por vez primera en la primavera de 1947. A medida que crecía, el mundo se fue desvelando a mi alrededor, en un proceso prodigioso que se pone en marcha cada vez que nace una persona. El paisaje de mi infancia era el de Vilalba en los gélidos años cincuenta. Una sociedad donde el paso de las estaciones marcaba el ritmo de la vida: los trabajos colectivos, los juegos infantiles, el ciclo de las cosechas. Un pedazo de la Galicia de niebla y plomo sobre el que planeaban los miedos y los silencios, algo que entonces yo ignoraba.

Aceptábamos la diglosia granítica que se había instalado en la sociedad como si perteneciera al orden natural de las cosas. El párroco, los maestros, los artistas del cine o el médico hablaban castellano, el mismo idioma que leíamos en los periódicos y tebeos o que oíamos por la radio. El idioma de los usos formales, porque después la vida de verdad se desarrollaba en nuestra lengua. La lengua de los juegos, de la familia, del trabajo, de las caricias... era el gallego.

Y también la lengua de las narraciones orales que yo escuchaba fascinado, sin saber que aquellas historias establecían los primeros cimientos de la pasión por las palabras que acabaría por llevarme a la escritura y a convertirme, también yo, en un contador de historias.

ME ACUERDO de los libros que leí. Nunca olvido que, antes que escritor, soy lector. Hijo de otro lector apasionado, como era mi padre. Con él di los primeros pasos por el camino que hoy me ha traído hasta aquí. Un camino tan dilatado en el tiempo que me permite hablar de las enormes mudanzas que se han producido en la sociedad y en la valoración de la lectura. Como el Roy Batty de *Blade Runner*, también yo puedo afirmar que «he visto cosas que vosotros no creeríais». Al menos en eso, los de mi generación hemos sido afortunados, pues asistimos a la etapa que va de 1945 a estos primeros años del siglo XXI, la que Ignacio Ramonet llama «la de las grandes transformaciones». También en la lectura, huérfana de políticas públicas que reconocieran la función esencial que desempeña.

Si durante la infancia nos conformábamos con leer lo que teníamos a mano, en los años de adolescencia y juventud yo ansiaba acceder a autores de los que me llegaban ecos, pero que no se encontraban porque la censura era brutal, la libertad de expresión una utopía y se silenciaban las voces que podían desvelarnos otros caminos.

Si la lectura es siempre una conquista que precisa años para asentarse, lo fue en mayor medida para las personas de mi generación, condenadas a no leer, o a hacerlo a destiempo, a los autores que en el siglo XX renovaron la visión del mundo. Castelao, Sartre, Machado, Joyce, Camus, Kafka, Beckett... Sí, yo pasé hambre de libros. Una situación que contrasta de manera notable con la actual, cuando la censura se ejerce con medios mucho más refinados.

Los tiempos fueron cambiando, como anunció Bob Dylan en 1963, y la vida puso en mis manos títulos imborrables, libros que estallaron coma

una supernova en mi interior y me cambiaron para siempre. Con Borges, también podría afirmar, «Yo soy los libros que he leído».

ME ACUERDO del inolvidable descubrimiento de que había libros escritos en gallego. En la infancia vilalbesa, empapados todos en el contexto gallego hablante de la práctica oral, creíamos que la escritura era algo reservado al castellano que nos hablaban en la iglesia, en el colegio o por la radio.

Hasta que un día de mis ocho años, mi padre llegó a casa con dos libros en las manos. Sentada la familia completa a la mesa de la cocina, con el hule bien limpio para no mancharlos, papá nos enseñó la maravilla que traía: dos libros escritos en gallego, *Merlín e familia* y *Á lus do candil*. Se los había prestado el señor Crende, un encuadernador del que era muy amigo, un hombre suscrito a las precarias publicaciones de Galaxia, la editorial que acababan de crear los miembros del Partido Galleguista en el interior.

Mi padre nos leyó algunas páginas en voz alta, que escuchamos con una emoción semejante a la del primer europeo que vio cisnes negros en tierras australianas. Más allá de los breves textos jocosos que aparecían en *El Progreso* por San Froilán o de algunos versos de los poetas locales que se incluían en el programa de las fiestas patronales, ¡había libros de verdad en nuestra lengua!

Sé que otras personas tuvieron más suerte y crecieron al lado de los libros gallegos impresos antes de 1936 o accedieron a las obras editadas por los exiliados en Argentina y México, que llegaban aquí por vías furtivas. Yo no. Aquella fue mi epifanía, a la que luego siguió, ya adolescente, la emoción de leer los *Cantares gallegos* en una edición perdida

en la biblioteca de la Universidad Laboral de Gijón. La gran Rosalía, sin intermediarios, desvelándome su genio y señalándome el camino.

Tiempo después llegarían otros libros, teñidos con un halo clandestino, y también las hojas que circulaban mecanografiadas con poemas donde ni tan siquiera aparecía el nombre del autor. Solo más adelante, haciendo memoria, supe que pertenecían a Celso Emilio, a Méndez Ferrín, a Novoneyra... Y luego, finalizando ya la década de los sesenta, asistí a su precaria presencia en las librerías y experimenté la emoción con la que los adquiríamos. Fue en esos años cuando nació en mí la decisión de escribir en gallego, la intuición de que aquel camino tupido por las zarzas más espesas era el que realmente deseaba recorrer. Pero esa es otra historia, que hoy no cabe aquí.

ME ACUERDO del poema *Penélope* de Díaz Castro, de la Terra Chá como yo, cada vez que reflexiono sobre la situación social de nuestra lengua a lo largo de estas décadas pasadas. «Un paso adiante e outro atrás, Galiza / e a tea dos teus sonhos non se move.» A mi generación le correspondió, desde los años finales de la década de los sesenta, un papel protagonista en la labor de divulgar y prestigiar socialmente la lengua. A través de nuestro trabajo cotidiano, bastantes personas dejamos una parte sustancial de nuestras vidas en ese afán. En las aulas, en los ámbitos sociales en que nos movíamos, con nuestros escritos y la creación de revistas, o con las innumerables charlas en cualquier lugar al que nos invitaran.

¡Cuánto trabajo, cuánta energía empleamos en levantar el sencillo edificio que nos permitía soñar con un futuro mejor! Cuando desde el Gobierno gallego, en el año 2004, se nos llamó para elaborar el Plan Xeral

de Normalización da Lingua, refrendado después por la totalidad del Parlamento, muchos creíamos posible añadirle un piso más al edificio en un futuro cercano.

No fue así, como sabemos. Desde hace algunos años asistimos desasosegados al minucioso proceso de desmontaje del edificio. Con la excusa de la crisis o sin ella, los retrocesos legales se suceden con medida puntualidad. El objetivo final parece muy claro: podar las ramas más vigorosas del bonsái, refrenar la presencia social de la lengua hasta confinarla en un lugar subordinado.

Una reflexión sobre el sistema educativo público nos llevaría a conclusiones tan inquietantes como la anterior. A mí, no solo como ciudadano, no solo como el docente que fui durante tantos años, no solo como escritor en gallego, esta realidad me hiere en lo más íntimo. ¡Qué difícil es construir, cuánto trabajo implica conseguir avances, y qué fácil y rápido resulta la labor de demolición!

A veces uno siente la tentación de, como el protagonista de *La mirada de Ulises*, el lúcido filme de Theo Angelopoulos, brindar «Por las esperanzas rotas. Por el mundo que no cambió a pesar de nuestros sueños». Sin embargo, como la que movía a Penélope y finalmente se vio cumplida con la arribada de Ulises a las costas de Ítaca, los ánimos y la esperanza en el futuro caminan siempre con nosotros.

ME ACUERDO de la gran cantidad de libros que he escrito, en especial de los de ficción. En su *Carta de batalla por Tirant Lo Blanc*, Vargas Llosa afirma que todo narrador es un suplantador de Dios y cada narración, la historia de un deicidio. Pues, como escribió Wislawa Szymborska, «aquí, negro sobre blanco, rigen otras leyes».

Ambas citas resultan muy apropiadas para este trabajo obsesivo y solitario de construir mundos y dar vida a los personajes empleando las palabras como únicos materiales. Obsesionarse con una historia, dejarse poseer por ella durante los meses que dure el proceso. Pulir lo escrito una y otra vez, en busca de esa textura capaz de despertar múltiples resonancias en los lectores, también en los más jóvenes.

Escribir como un acto de rebeldía, como un acto de amor. Escribir con el deseo intenso de crear algo que antes no existía. Escribir con la misma entrega con que mi padre hacía una mesa o un armario. Y ser consciente de que «aramos sobre los muertos de esta tierra», de que nuestra escritura se alimenta de la de los autores que nos precedieron, primero de los que escribieron en mi lengua, pero también de los de toda la literatura universal. El saber que viene de lejos pasa a través de mí, de nosotros, y se proyecta en el futuro.

Esa es mi forma, nuestra forma de participar en la cultura de la humanidad. El rasgo más significativo de la cultura gallega, que tan acertadamente expresaron los miembros de la Generación Nós, es su vocación de ser célula de universalidad; la voluntad de ser una pieza más en el mosaico mundial de las culturas; la conciencia de que solo se puede ser universal desde la asunción de las propias raíces.

ME ACUERDO en todo momento de Inmaculada, mi mujer que hoy me acompaña, y de Mariña, mi hija. Es muchísimo cuanto les debo a las dos, ellas son los pilares que me sostienen, ellas son quienes le dan sentido a mi vida.

Y me acuerdo de mis raíces. De mis padres, que hicieron todos los sacrificios para que yo pudiera estudiar. De mi hermana y de mi hermano,

que murió joven, y de toda la extensa familia vilalbesa: los de Louzao, los de Novo, los de Xan de Grande... De ellos vengo y de ellos aprendí las certezas esenciales que me guían en la vida. Una vida que, «por larga que sea, siempre será muy breve», como dice un verso de la polaca Wislawa Szymborska.

Claro que sí, pero también qué rica en experiencias. Me acuerdo ahora de los amigos y de las amigas que me he ido encontrando por el camino de la vida. Ellas y ellos me dan el mayor bien que puede poseer una persona: la amistad desinteresada. Como escribió Aquilino Iglesia Alvariño, cuando yo todavía era un niño, «Quero contar un por un meus amigos / (...) poucos ou moitos, meus amigos son / quero contalos no meu corazón».

... Y UNA NARRACIÓN

LOS EXTRAÑOS MECANISMOS DE LA MEMORIA

Siempre había oído decir, e incluso lo había leído en algún libro, que, en los breves instantes que precederían a su muerte, toda la vida pasaría de manera acelerada ante sus ojos, permitiéndole revivir por última vez las experiencias, amargas unas, felices otras, que su memoria había ido sepultando con paciencia geológica con el transcurrir de los años.

Un fenómeno así, meditaba a veces, tenía que obedecer a una rara orden programada en alguna secuencia de la curva helicoidal de nuestro

ADN, algo así como una consoladora versión divina de la máquina que Adolfo Bioy Casares imaginó en *La invención de Morel*.

Pero algún agente debió de alterar la secuencia que pondría en marcha el complicado mecanismo, porque, en los segundos finales de su vida, su memoria se quedó anclada con firmeza en la imagen luminosa de Laura, la chica de ojos de miel y trenzas rubias que tanto había amado en sus años adolescentes.

Y con ella llegó la música, impetuosa como el agua que baja salvaje por el torrente. La música de aquella canción olvidada, que ahora regresaba con toda su potencia evocadora; la misma que sonaba cuando Laura y él se besaron con la emoción contenida de la primera vez. Mientras la música inundaba todos los rincones de su memoria, fueron apareciendo nítidos los colores: el rojo de la falda de su amiga, el rubio de las trenzas que tantas veces había acariciado, el intenso verdor de las hojas de los robles, el arrebol del cielo al atardecer, el color miel de sus ojos que no había conseguido olvidar nunca.

Entonces comprendió que cuando la vida entera pasa, lo único que nos queda entre las manos es la memoria de los momentos felices, el recuerdo de ese brazado de experiencias que en días alegres alborotaron nuestro corazón.